

REENCUENTRO

María Luisa Lázaro

El sonido de mis pasos queda amortiguado por la nieve caída durante la tarde, regreso después de otra noche de pacharán y mus. Todavía quedan en el aire rastros de ese olor a madera ardida que tanto echo de menos cuando no estoy. Ahora la noche es clara y puedo distinguir la silueta recortada del Santa Bárbara. Con un movimiento inconsciente mis ojos buscan las ventanas de Casa Conget y sé que todavía es temprano, que está muy lejos el alba sin hora que apagará la luz de una de esas ventanas cuando el sol la haga innecesaria y llegue el momento de la tregua. Me siento sobre el poyo que se funde con la pared de mi casa, me arrebujó en la calidez de la pelliza invernal, enciendo un cigarrillo y recuerdo.

Llegó un día de Octubre cuando la Tafallesa sólo escupe enfermos leves, deambulantes de burocracia desesperados y unos pocos paquetes. Y se quedó allí plantado, de pie, con un maletín escaso en la mano y un despiste vulnerable en la mirada. Tras unos momentos de indecisión cruzó la carretera desierta y entró en el Txoko, despertando la curiosidad inmediata de lo imprevisible. No pidió vino, ni café, no perdió el tiempo saludando, fue directo al grano.

—¿Hay algún sitio en el que se pueda dormir en este pueblo?— preguntó.

Su tono y su gesto no admitían otra cosa que una respuesta también directa y concisa.

—El hotel está cerrado en esta época y no sé si en el hostel querrán un huésped ¿para una sola noche?— intentó todavía Txomin, el dueño del bar.

—Gracias—, se dio la vuelta y salió.

Los comentarios surgieron como si el clic de la puerta al cerrarse los hubiera puesto en marcha automáticamente. Conjeturas, curiosidad inocente, ganas de hablar, se irá por donde ha venido.

Por alguna extraña razón, la extraña intuición de Rosario Cachón lo acogió en el Hostal, muebles viejos, tarima encerada, colchas de ganchillo, judías con txongur y la extraña intuición de Rosario, respetando su silencio.



Desde allí se trasladó a la vieja Casa Conget, vacía de emigración chilena durante años y poblada ahora de silenciosa ocupación, luz en las ventanas y humo en la chimenea.

Ésos y la silueta alargada deslizándose discretamente por la Cuesta Pekuetxe que da directamente al puente que aleja el pueblo fueron las únicas señales de que un extraño que no quería dejar de serlo se había instalado entre nosotros.

De nada sirvieron las pesquisas de Fermina, asistencia femenina indispensable, tratando de encontrar entre sus escasísimas pertenencias ausentes de nombres, de fotografías, de correspondencia, pistas que permitieran penetrar su extraña presencia. Nada.

—Nada, mi chicho —contaba Fermina a quien lo quisiera oír—. Como trabajar para un muerto es. Si no sería porque buena cuenta ya da de la comida que preparo, igual hasta que es un fantasma pensaría.

Meses de ignorancia y nos encontramos. Nos encontramos a esa hora en la que el sol determina lo permanente y deja entre dos luces lo pasajero. Nuestras miradas se cruzaron y sé que no me reconoció, carezco de la entidad de los muertos, pero mi corazón se emborrachó de angustia, mi estómago se rebeló en náusea y mi memoria se llenó de color caqui, de bocamanga estrellada. Volvieron a sonar campanadas a muertos y se desmoronó mi pretendido olvido. Su nombre se formó en mis labios antes de que pudiera retenerlo y con él surgieron a empujones recuerdos de muertes más piadosas que la suya y la mía que se multiplican desde el día en el que las justificaciones dejaron de servirnos, hace ya mucho tiempo.

1975, justicia-orden, justicia-libertad, patria una-patria la mía. Burgos y la Plaza de Oriente. Protestas internacionales, manifestaciones a mano alzada. Compañeros muertos, deber cumplido, venganza, obediencia debida. Y de pronto, su mano y la mía que no temblaron al firmar sentencia, papel y gatillo, se nos convirtieron en pesadilla de rechazo, las miramos y no las reconocimos. Eran mentira, mentira su verdad y la mía. A él y a mí nos las contaron al oído mientras dormíamos para que las creyéramos sin discutirlos y ellos se quedaron detrás, agazapados, esperando que no despertáramos nunca. Pero lo hicimos y él y yo hemos abierto extrañas vías que nos han conducido, ironías, por distintos destierros a la cima del mismo infierno que compartimos.

Narración, página 20

Pero no vomitaré sobre su exilio porque yo exiliado en el mismo remordimiento lo comprendo mejor que nadie y guardaré su silencio con el mío, incompartidos.

Llega el sol y la ya innecesaria luz de la ventana se apaga, se apaga mi enésimo cigarrillo sobre la nieve endurecida, se entorna la puerta que encierra la pesadilla y por el resquicio me escapo y me dejo engullir por la cotidianidad con la sola precaución de hurtar los ojos a aquéllos que podrían descubrir en ellos una verdad que prefiero negar... hasta la próxima madrugada.

